

## Baltasar Carlos y Zaragoza

JESÚS MAISO GONZÁLEZ

Se han dado en Zaragoza «dos sucesos luctuosos y de considerable importancia para el destino de la monarquía española»<sup>1</sup>. Se trata de la muerte de la princesa Isabel hija de los R.R.C.C., en 1498 y de Baltasar Carlos «Príncipe de España y de dos mundos», como le llama con ampulosidad barroca quien asienta su partida de defunción<sup>2</sup>.

Baltasar Carlos residió en Zaragoza varias veces durante el último año de su vida. Eran años difíciles para la monarquía católica de Felipe IV. El levantamiento de Cataluña y Portugal en el momento crítico de la guerra de los Treinta Años había llevado la lucha a la Península Ibérica y a la frontera misma de Aragón.

El rey de Francia pasaba a ser conde de Barcelona. Zaragoza, en las primeras fechas del levantamiento barcelonés, trató con permiso del rey de aproximar las partes, pero cuando la urbe catalana reconoció a Luis XIII como conde de Barcelona, se hizo imposible la mediación.

Aragón se mantuvo fiel a los Austrias y se vio visitado durante largo tiempo por la corte. Zaragoza fue durante grandes temporadas el centro de la monarquía.

Nos falta una crónica de la estancia de la corte en Zaragoza que nos dé una visión de las relaciones entre los miembros del séquito real y los zaragozanos. Sería especialmente de desear una narración hecha desde el punto de vista del hombre corriente, es decir, desde el campesino, artesano o comerciante.

---

1. SOLANO COSTA, F., *Zaragoza durante la Edad Moderna. Una interpretación de tres centurias de Historia ciudadana*. En Estudios del Departamento de Historia Moderna. Zaragoza, 1974, pp. 17.

2. APSZ: Los cinco libros, t. III, p. 678.

El rey trataría de ganarse el afecto de los aragoneses para su casa. Una de estas medidas fue traer en 1645 al príncipe Baltasar Carlos para ser jurado como príncipe heredero. En aquellos tiempos las frustraciones se compensaban con la esperanza de un heredero que enderezase la marcha desquiciada de la monarquía. En torno a ellos se apiñaban a veces los descontentos, la «oposición» y los partidarios de cambios. Baltasar Carlos era todavía un mozalbete sin preparación para el gobierno, pero «es indudable que en este príncipe unióse a la simpatía y elegancia del padre la energía y la inteligencia maternas, visibles desde los retratos de muy niño y muy claras en los últimos de mozo»<sup>3</sup>.

Los tiempos eran calamitosos y el príncipe prometía reverdecer la capacidad de los Austrias mayores y por ello es normal que los anhelos de un tiempo mejor se concretasen en él.

El juramento se realizó el domingo 20 de agosto de 1645, cuando el príncipe contaba dieciséis años, en la iglesia de La Seo de Zaragoza<sup>4</sup>. Para ello se dispuso adecuadamente el templo. La tramoya y el aparato exterior correspondía al gusto de la época. La iglesia se puso al nivel del presbiterio mediante un estrado de dos palmos de alto. Sobre el presbiterio se dispuso un tablado de 30 x 36 palmos, al que se subía por siete gradas. Este escenario estaba rodeado por una baranda de 3 palmos de alto, cubierta de terciopelos y damascos carmesíes, mientras que todo él estaba cubierto de ricas alfombras. Sobre éste había una tarima de una vara de altura y a su superficie de 10 x 11 palmos se ascendía por cuatro gradas que la rodeaban por tres lados. Aquí se encontraba el trono bajo el dosel sin cortina para que el príncipe pudiese ser visto desde todos los lados. El altar estaba profusamente engalanado predominando el color rojo como lo había dispuesto Pedro IV<sup>5</sup>.

Por el luto de la reina doña Isabel de Borbón (aún no hacía el año de su muerte) se suprimió el palio y la salida del arzobispo clérigo, diputados y jurados a recibir al heredero<sup>6</sup>.

En el presbiterio, sobre la primera tarima, tomaron puesto los diputados al lado del evangelio, los jurados y el justicia de Aragón al lado de la epístola y hacia la parte del altar los grandes<sup>7</sup>.

---

3. MARAÑÓN, G., *Obras completas*. Espasa-Calpe, Madrid, 1970, t. V, Biografías, p. 740.

4. *Relación del juramento que hizo el príncipe N. S. N. N.* Inseratur en Ms. 2377, entre ff. 94 y 95, Biblioteca Nacional.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*.

Felipe IV observó el juramento desde una tribuna del lado de la epístola, detrás de una celosía. En otros lugares asistían también otros personajes, como el marqués del Carreto, embajador extraordinario del imperio; Jerónimo Giustiniani, embajador de Venecia y numerosos ministros de Castilla y Aragón <sup>8</sup>.

El príncipe vino por la escalera que del palacio baja a la capilla del Arcángel San Miguel, precedido y seguido por un numeroso cortejo de gentilhombres (entre ellos don Luis Méndez de Haro), escoltado a los lados por la guardia española y «tudesca», cerrando la marcha la guardia de los arqueros <sup>9</sup>.

Toda la corte y el mismo príncipe vestían de tafetán negro por la muerte de doña Isabel y Baltasar Carlos llevaba el hábito y collar de la orden del Toisón de Oro <sup>10</sup>.

Colocados todos en sus puestos, don Pedro Villanueva, Caballero de la Orden de Santiago y protonotario de la Corona de Aragón, leyó en alta voz el juramento en presencia del justicia que al ser nombrado se colocó en la esquina de la primera grada del trono a la parte de la epístola <sup>11</sup>.

En el juramento, Baltasar Carlos prometía en poder del justicia de Aragón, don Agustín de Villanueva, en presencia de los diputados del reino y jurados de Zaragoza, juraba ante la cruz y los evangelios y afirmaba a los nobles, ciudadanos y buenos hombres de Aragón y los lugares de Valencia que tienen el mismo fuero de Aragón, guardar todos los «fueros, observancias, privilegios, libertades, usos y costumbres del reino de Aragón».

Entre ellos se nombran los que dio Pedro IV en las cortes de 1348, la unión bajo un solo rey de todos los estados de la Corona de Aragón que quedaron unidos de forma perpetua e inviolable por la «bula plumblea del Rey don Jaime y de Juan II y la prohibición de sisas que don Martín aprobó», etc. <sup>12</sup>

Acabada la larga lectura el príncipe se arrodilló, el justicia subió las gradas y tocó con la mano el misal mientras decía: «Así lo jura V. Alteza» y el príncipe puso la mano sobre el Cristo y el misal mientras decía: «Así lo juro». Así Baltasar Carlos pasaba a ser príncipe de Gerona, Gober-

---

8. Ibidem.

9. Ibidem.

10. Ibidem.

11. Ibidem.

12. Ibidem.

nador General de Aragón, duque de Momblanc y señor de la ciudad de Balaguer.

El rey no permitió música en la fiesta ni corridas de toros, pero hubo durante tres noches luminarias y fuegos artificiales<sup>13</sup>.

«La relación del juramento que hizo el príncipe N. S.» resulta demasiado oficial diríamos hoy y nada nos dice de cómo Baltasar Carlos era visto a nivel popular en Zaragoza.

En esta época las masas se adivinan al fondo de la escena de la historia, sin perfiles propios, sin conciencia de unos objetivos específicos y precisos y solamente en algaradas y motines se acercan al proscenio para perderse de nuevo inmediatamente en la lejanía.

No obstante la presencia de la corte en Zaragoza, no sólo trajo el carisma y las fiestas propias de la realeza, como el juramento del heredero, sino la plata castellana de que tan exhausto estaba el reino de Aragón, por eso creemos que Baltasar Carlos reunía muchas condiciones para ser bien visto por los aragoneses.

Todas las fáciles esperanzas que se habían puesto en el príncipe se vinieron abajo en el otoño de 1646.

Era el día 5 de octubre víspera del segundo aniversario de la muerte de la reina doña Isabel de Borbón y Felipe IV, junto con Baltasar Carlos, asistieron a las vísperas y nocturno en su memoria. Aquella misma tarde el príncipe se sintió enfermo y al día siguiente, sábado 6 de octubre, tuvo que quedarse en cama mientras el rey acudía al funeral<sup>14</sup>. La enfermedad, viruelas, caminó tan rápidamente, que el martes día 9 de octubre, a las ocho de la mañana, le administraba el viático el arzobispo de Zaragoza. Un coro de oraciones y rogativas se elevó al cielo en un intento de detener lo irremediable. El Santísimo se expuso hasta las tres de la tarde, cuando se hizo una procesión general al convento de Jesús, donde anteriormente se había llevado la Virgen de Cogullada y se la trajo procesionalmente al altar de La Seo donde se la rodeó de velas y oraciones<sup>15</sup>.

Todo fue inútil; a las nueve de la noche de ese mismo día 9 de octubre, moría su alteza, y a las once se devolvía la virgen al convento de Jesús. El «miércoles por la mañana clamorearon las campanas de la iglesia por su Alteza y a su imitación todas las parroquias y conventos». A las ocho de la tarde de ese mismo día, «las partes menores» dentro de una pequeña

---

13. Ibidem.

14. *Muerte del príncipe de España*, en ACSZ, Libro de gestis de 1646, pp. 67-70.

15. Ibidem.

caja de carmesí con galón de oro se enterraron en el presbiterio al lado del evangelio, detrás de una piedra de mármol <sup>16</sup>.

En efecto, a medio metro del suelo puede leerse sobre el mármol negro la inscripción <sup>17</sup>.

El dicho epigráfico de que el corazón quedó en Zaragoza se ha venido repitiendo como un tópico hasta ahora. El mismo Pascual Madoz, en la voz Zaragoza de su «Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de España y sus posesiones de ultramar», Anselmo y Pedro Gascón de Gotor <sup>18</sup>, Ricardo del Arco, que textualmente nos dice: «Pero el corazón del malogrado príncipe quedó en Zaragoza en prueba de afecto recíproco» <sup>19</sup>, etcétera.

Nosotros creemos que se trata de una interpretación espiritualista de un hecho bastante más prosaico. En realidad los restos del príncipe estuvieron hasta la noche del 16 de octubre en Zaragoza, como consta en su partida de defunción <sup>20</sup>, y lo que se hace es quitarle las vísceras y enterrarlas a las veintitrés horas de la muerte, a la vez que se intenta embalsamar el cadáver para que pudiese resistir tantos días.

La interpretación que ya desde un principio se da es legítima y arranca de los hechos, pero no podemos olvidar que los que la hicieron conocían también las razones sanitarias e higiénicas que determinaron la extracción de las «partes menores», entre ellas el corazón.

---

16. Ibidem.

17. HEV; CECIDIT SPES VNA TVIS HISPANIA REGNIS  
 BALTHASAR CAROLVS COR LAPIS ISTE TEGIT  
 OH! FALLOR, SPOLIA HAEC MORS INGENIOSA RELINQVIS  
 AVGASTAE AEBORNOS OMINOR INDE DIES  
 ACCVBAT VRBS CORDI LACRIMIS AVGVSTA LEAENA  
 QVEIS VITAM PROLI FOENERAT ORE LEO.  
 ASTRA BEANT ANIMVM, CORPVS CASTELLA, AT IBERVS  
 COR, VITAE IMPERIVM SALDVBA, ET AETHER HABENT,  
 OBIIT OCTOBRIS 9 DIE 1646, AETATIS SVAE 17  
 CVI MONVMENTVM EXTRVXIT DOLOR, INSCRIPSIT AMOR  
 METROPOLITANAE, SEDIS.

18. En «Zaragoza artística, monumental e histórica», Zaragoza, 1891, t. II, p. 152.

19. Arco, Ricardo del, *Efemérides zaragozanas*. Edit. «Nueva España», Huesca, 1941, p. 368-369, etc.

20. «El príncipe de España y de dos mundos recibidos los tres sacramentos con harta brevedad como lo fue la enfermedad, dio el alma a su criador a 9 de octubre al anochecer; hasta el 16 se le hicieron muchos sufragios, missas, etc., y aquella noche lo llevaron al Escorial y lo llevó y acompañó el señor arzobispo a su costa». APSZ, Los Cinco Libros, t. III, p. 678.

El día 20 se hicieron solemnes vísperas y responsos en la plaza del mercado con asistencia de todas las parroquias y fuerzas vivas y al día siguiente se hizo un solemnísimos funeral con sermón <sup>21</sup>.

Así en Zaragoza acabó Baltasar Carlos, la esperanza de los reinos de España <sup>22</sup>.

---

21. «Entierro y honras del príncipe don Baltasar Carlos de Austria», en ACSZ, Libro de gestis de 1646, pp. 77-84.

22. En la breve documentación manejada, nunca se le da a Baltasar Carlos en Aragón el título de Príncipe de Asturias, un ejemplo más de la castellanización del país por la casa de Borbón, y ni siquiera el de Príncipe de Gerona, sino que se le da el título de Príncipe de España o de Austria.